

## PLANTAR BANDERA

— Vine a tomar posesión de las islas en nombre de mi país. —David Jewett había usado un modo amable pero formal para decirlo, acompañando sus palabras con el rostro serio y la espalda apoyada firme en el respaldo de la silla.

—Sí, veo. —Fue la respuesta del capitán británico, con ese modo inglés de decir miro y no sé si veo lo que usted me quiere mostrar.

El casco de la fragata se movía al compás del oleaje de la bahía. El viento, que era tal vez lo único permanente por ahí, por momentos más intenso, tenía ahora al menos un ritmo que permitía adivinar el siguiente golpe.

Ahora —pensó Jewett — golpea. — Era un golpe suave, amortiguado por el peso del ancla que tiraron desde cubierta.

Al otro lado de la mesa, el capitán de una de las naves que había identificado al llegar, bebía y lo escuchaba.

—Se llama Weddell, —le había anunciado el oficial que entregó la invitación, — su bergantín se llama Jane.

Ese hombre joven era el capitán de la nave más importante de las cuarenta o cincuenta que contaron mientras entraban en la bahía de la Anunciación.

El capitán Weddell bebía licor y mientras escuchaba hacía la cuenta de todos los barcos que había visto naufragar en esas costas. Con sólo asomarse era posible ver varios esqueletos de navíos, combatientes vencidos en la batalla con la naturaleza, expuestos a las lluvias y los vientos.

—¿Cuánto hace que está acá? — Quiso saber Jewett.

—Llevamos algunas semanas en Puerto Louis.

—Puerto Soledad.

—Como prefiera. La temporada anterior fue excelente. Cazamos lobos durante dos años. Con la ganancia pudimos comprar un cúter que ahora está relevando las islas; estará de regreso en unos días, entonces navegaremos más al sur.

Pero, por favor, hábleme de su viaje—pidió Weddell, los dedos de sus manos enlazados alrededor de la copa. —Le confieso que no recuerdo haber visto una tripulación en condiciones tan penosas.

—Es verdad. Ya ha visto usted, señor Weddell, el estado de la Heroína al entrar en este Puerto. Parece imposible, nadie podría imaginarse esta condición al salir de Buenos Ayres, pero una serie interminable de continuas desgracias comenzó a poco de dejar el Río de la Plata. Tempestades repentinas y furiosas, vientos contrarios, provocaron que el buque hiciera

agua por todos lados, con lo que se arruinó buena parte de nuestras provisiones. Mi segundo, fervoroso defensor de nuestra causa, nunca pudo subir a la cubierta desde que salimos hasta el día en que murió, tan enfermo estaba.

Jewett había entrado en la bahía de la Anunciación al caer la tarde del 27 de octubre, con unos pocos marineros en condiciones para prestar servicio y la luna en cuarto menguante. Prefirió echar el ancla allí mismo, cuando faltaban todavía diez millas para llegar a lo que quedaba del Puerto Soledad que los españoles habían abandonado ocho años antes.

A la mañana lo despertó una ráfaga de viento que cruzó la bahía desde el poniente. La fragata, que parecía no resistir más ataques de la naturaleza, le dio señales de que debía ponerse en acción. Ordenó que prepararan un bote y se acercó a la orilla con Luciano Castelli.

Caminaron por la orilla en medio de un aire helado, pisando guijarros dejados allí hacía una eternidad; al trepar la barranca cruzaron nidos de gaviotas y gansos; se adentraron en una planicie en la que la vegetación, escasa, apenas sobresalía entre las piedras de las que los cauquenes eran dueños y señores.

—¿Los cerdos?, ¿dónde estarán los cerdos? Me dijeron que quedaron muchos cuando los españoles se fueron de acá.

—Si quedaron cerdos, —arriesgó Luciano Castelli— y se adaptaron al frío, no creo que hayan logrado sobrevivir a tanto lobero.

Después de recorrer durante un buen rato, encontraron un lugar apropiado para establecer un campamento, junto a un arroyo que atravesaba la depresión tímidamente verde. Patos y becenas habían elegido también ese lugar para vivir.

De a poco, todos los tripulantes llegaron a la costa; cinco aprovecharon para recostar sus cabezas sobre las piedras y morir en tierra firme. De los demás, pocos servían para clavar una estaca, cazar un ganso, cantar una canción.

En un sector protegido de los vientos, improvisaron carpas con velas descolgadas del barco y sujetaron los cabos con fuerza a unas estacas que clavaron con más voluntad que pericia.

—¿De qué está hecho este suelo? — se preguntó Jewett — Con lo último que le quedaba al Creador. No es posible plantar una estaca, ¿quién podría poner un árbol en estas piedras?

Mientras unos armaban carpas, otros arremetieron con los cauquenes que tuvieron a tiro para poner algo al fuego. Con esas aves, los huevos que hallaron en los nidos y algunos condimentos de la despensa, el cocinero improvisó la primera comida en tierra.

—Debemos tomar contacto con los capitanes de los barcos—dijo Jewett y mandó cartas a los dos o tres que le parecieron más importantes, invitándolos a visitarlo en su nave.

Weddell fue el primero en responder. Al día siguiente visitaría la Heroína, mandó decir. Ahí estaba, con su uniforme de gala, dando al capitán recién llegado la bienvenida a ese lejano puerto.

—El oficial que nos acompaña... — había empezado a explicar Jewett

—Que por cierto, habla correctamente nuestro idioma— había sido la rápida intervención de Weddell, atento a cada detalle que se le presentaba.

—Sí, Luciano Castelli es sobrino de Patricio Lynch, el que costó esta campaña. Todos en su familia hablan inglés. Y podría sostener una conversación en latín, si fuera necesario. Se educó tanto como su padre, abogado brillante y uno de los padres de la nueva nación.

—Nos entendemos muy bien en inglés — apuró Weddell

—También francés, si hiciera falta. Puede haber algún barco de bandera francesa, por acá.

—¿Y cuánto tiempo se quedará? —insistió Weddell con su inquietud

—El tiempo que diga mi gobierno. Vine para quedarme y ser autoridad en estas islas.

—Ah, sí. Veo. Pero, ¿cuánto se demoró en llegar hasta las islas? No estamos tan lejos de Buenos Ayres. La tripulación ha sufrido mucho.

—Como le dije, nuestro objetivo era abordar barcos de la corona española. Sí, española, no es con la corona británica la pelea.

Estábamos frente a Rio de Janeiro cuando me advirtieron que nuestros depósitos de aguada perdían mucho. No podíamos continuar sin dar solución a esa falla, navegando frente a la bahía de Guanabara, territorio enemigo.

Pensé primero en poner proa a la Isla de la Trinidad, pero el primer teniente, que cuando no estaba borracho estaba conspirando, me exigía con los oficiales que fuéramos a Estados Unidos. Querían terminar ese viaje y tal vez enrolarse en otra embarcación.

—¿Quién reclutó a esa caterva?

—Yo los recluté en los barcos anclados en la rada de Buenos Ayres. Todos marineros, casi todos ingleses, algunos de Massachusetts. Muchos loberos y balleneros han zarpado de allí. En cuanto a los ingleses, no es de extrañar, esa corona ha tenido multitud de piratas. Tiene nobles marineros como usted pero ¿a cuántos bucaneros premió con títulos nobiliarios?

—Eran tiempos en los que la corona batallaba en los mares con el reino de España, y necesitaba esos recursos. Ahora el almirantazgo no se permitiría esos deslices.

—En esta situación están ahora las Provincias Unidas de Sudamérica. Hacemos la guerra contra el imperio español; todos los recursos son necesarios y bienvenidos. Ahora mismo, nuestra flota libertadora está llegando a Perú; los españoles harán todo lo que esté a su alcance para defender sus privilegios.

Pero hay que dominar a esa caterva, como usted le llama. Los oficiales, el joven Castelli entre ellos, fueron el respaldo que necesité para seguir adelante.

Ordené poner proa a Cabo Verde; allí pudimos reparar el casco y los depósitos, y hacernos de provisiones. Cargamos todas las naranjas que pudimos, con la idea puesta en comenzar

nuestra misión y detectar alguna nave enemiga para hacerla presa. Fue para eso que Lynch compró la fragata. Las naranjas no fueron suficientes; el escorbuto pudo más.

—Los Lynch siempre tuvieron problemas con la corona británica.

—Su corona siempre le dio dolores de cabeza a los Lynch, y no sólo a ellos, señor Weddell. Pero le repito, el objetivo de nuestros ataques fue la corona de España.

La nave que encontramos no fue española sino portuguesa. Ellos también son nuestros enemigos desde que atacaron la Colonia del Sacramento.

Mandé acelerar la persecución del buque en lo posible porque, a decir verdad, tampoco tengo una nave veloz...En fin, una suma de desventajas acompañan a la Heroína desde su misma botadura. Nos dio trabajo alcanzarlo.

Cuando se nos presentó su silueta bajo la luz de la luna, confirmamos que era buque de guerra. Sin decir más nos tiró una bala que pasó entre el palo de trinquete y el bauprés. Le mandé decir que enviase a un oficial a bordo pero rehusaron hacerlo; le advertí varias veces, en español y en inglés, que le haría fuego.

Di orden a mi teniente que le tirase una sola bala, como advertencia, por encima de su castillo de proa. Respondieron con tiros de metralla y fusilería. Hicimos una primera descarga de las baterías pero volvieron a responder; hicimos otras dos andanadas y entonces gritaron que se rendían.

Resultó ser la fragata Carlota, de 22 cañones, que iba de la Bahía de Todos los Santos a Lisboa con unos sesenta tripulantes y varios pasajeros, además de la mercadería cargada.

—Esa captura debió ser de mucha ayuda para ustedes.

—Al inicio sí. Pero las dos naves llevaban tripulación debilitada. Las tormentas no hicieron más que agravar la situación.

—Las tormentas, y los motines —el que aclaró fue Castelli.

—¿Otro motín?

—Dos. Uno en La Carlota, pero también uno en La Heroína, que casi me lleva la vida. Alguna premonición me hizo echarme vestido en la hamaca y una hora después no pude frenar mi curiosidad; salté de la hamaca y subí a cubierta. Las sombras humanas y las de mi propia sospecha me llevaron a recorrer la cubierta hasta que una de las sombras habló por lo bajo para advertirme “tenga cuidado coronel, que esta noche querrán quitarle la vida”. No quise saber quién era la sombra parlante, pero sí quién el que tramaba el ataque. La sombra confirmó mi sospecha y logré sofocar el motín, esta vez al precio de perder oficiales y ahorrarme traidores. Con ayuda de los oficiales, Castelli el primero.

Soportamos tempestades tan duras que, en un momento, cuando ya traíamos dirección a las islas, hace pocos días, perdimos el contacto con la Carlota. Una cantidad de provisiones y tripulantes con buen estado de salud se fueron de mi vista, y me quedaron las enfermedades y las privaciones.

Quedaron un momento en silencio, escuchando el acompasado ir y venir del oleaje en la noche oscura de la bahía.

—¿No ha visto cerdos por acá?, — le preguntó de pronto a Weddell —Venía con la ilusión de hallar esos cerdos que, me dijeron, habían abandonado los españoles al marcharse a Montevideo.

—¿Cerdos? ¿Cuándo fue eso?

—Hará como diez años, o algo menos — fue Castelli el que trató de dar precisión.

—Nunca escuché hablar de cerdos en estas islas. Y si los hubo, los ha matado el frío o se los comieron los lobos.

—¿Lobos? No creo que los lobos marinos sean capaces...

—Piensa bien, capitán. Es que en las islas hay manadas de una rara especie de lobo, propia de aquí. Aunque debo decir que tampoco he visto muchos. Deben haber matado muchos.

—Ese será uno de los temas sobre los que tomaré cuidado. Vienen aquí a matar sin límite ni razón, y pronto no dejarán lobos, ni ballenas, ni nada. Como no es la tierra de ustedes, piensan que puede ser presa de saqueos. No dejaré que eso pase.

—Los capitanes de los barcos que están en la bahía, ¿deberían temer algún ataque de parte de ustedes? —preguntó Weddell, que con sólo mirar la embarcación y la gente que estaba en el campamento, sabía que nadie podría tener miedo.

—Es muy oportuna su pregunta—respondió Jewett sin dar la más mínima señal de que esa consulta desnudaba la incapacidad ofensiva de la Heroína. —Ninguno de los barcos que están en la bahía son españoles o portugueses sino, en su mayoría, de los Estados Unidos o de la corona británica. Con ustedes no habrá hostilidad, sino apoyo mutuo. A propósito, habré de pedirle algunos víveres para estos primeros días, hasta que nos adaptemos a lo que esta naturaleza nos ofrece.

Hizo una pausa. Miró a Weddell que seguía su explicación con calma y sin expresar ningún disgusto.

—Le haré llegar algunas provisiones para sus hombres. —dijo el inglés —Algunas medicinas también, para su enfermería—dijo señalando vagamente a sus espaldas.

—Le pediré algo más— Jewett fue a lo que más le importaba. —El próximo viernes tomaré posesión formal de estas islas en nombre de las Provincias Unidas....

—...de Sudamérica —completó Weddell para ahorrarle el discurso y hacerle entender que comprendía de qué se trataba. —Ahí estaremos, a la hora que nos diga.

—Cuando regrese a su país, haga publicar esta declaración —dijo Jewett, y le alcanzó un papel firmado.

—Cuenta con eso. Pediré al Times que lo publique— prometió Weddell, que no podía ocultar su asombro ante tanto entusiasmo patriótico.

Ahí están ahora, más curiosos que solemnes, los capitanes y delegaciones de todas las naves que refugia la bahía de la Anunciación, a la espera de lo que haga Jewett.

Jewett marcha ahora al frente de su tropa recompuesta tanto como resultó posible. A su espalda, el portaestandarte lucha por mantener firme el mástil. Detrás, uno con un pífano y otro con un tambor. Después, la tropa. Todos uniformados, porque si hay algo que abunda, después de tan tormentoso periplo, eso son los trajes de gala.

A una orden de Jewett, desde la Heroína disparan veintiún cañonazos para saludar a la enseña que vuela al viento sobre los marineros y soldados que cumplen, unos a conciencia, otros porque no hay más remedio, la razón que los echó al mar y los convierte a todos en emblema.

Entre el estruendo de los cañones, bajo el vuelo de cientos de gaviotas y becasinas, patos y cauquenes que van a llevar la noticia por los cielos australes, el desfile llega a las ruinas de lo que una vez quiso ser la fortaleza española. Jewett elige un lugar que en su imaginación pudo ser la comandancia y ahí, frente a todos, para que todos lo vean, para que ningún capitán británico o norteamericano diga que no lo vio, planta la bandera. Es el mediodía del 6 de noviembre de 1820.